

# 1

Claudio cruza la calle con paso rápido. Mira a derecha e izquierda, inquieto, como si ocultara algo, y cuando comprueba que nadie lo ve, se sonríe secretamente. Pareciera un niño relamiéndose de una travesura. Pero Claudio ya no es un niño: sus más de cien kilos de peso se embuten en su escaso metro sesenta, en sus camisetas siempre demasiado largas, en sus cuarenta años más que cumplidos. En su mano, una cajita de cartón moteada de pequeños agujeros a modo de respiraderos y, en su interior, un ratoncito blanco que se balancea inquieto al ritmo de los pasos de gigante de su nuevo dueño.

Llega a su casa. Es una casa baja, un viejo islote incardinado entre las enormes murallas que forman los altos edificios modernos que se han ido construyendo, a uno y otro lado, hasta cubrir toda la calle. Introduce la llave en la cerradura y la puerta desconchada se abre ruidosa, rasgando el suelo; líneas curvas esculpidas en el pavimento gris marcando el giro. Lo recibe la penumbra, el olor a humedad, el silencio. Siente que aquella casa es aún su refugio, el lugar donde todos los naufragios de su vida —de niño en la odiosa escuela, de adolescente ante las crueles chicas, de adulto entre el ruido del mundo— tuvieron siempre la entrada vedada. Un lugar estable e inalterado que lo vio crecer, donde Margarita, su madre, había construido un pequeño mundo de costumbres fáciles, de placeres diminutos, de rutinas conocidas; un universo en infancia perenne que, ahora que ella ya no estaba, empezaba a derrumbarse.

El día en que su madre murió, Cris le llamó por teléfono. Estaba a punto de caer la noche y, en un primer momento, fue incapaz de identificar su voz al otro lado de la línea.

—Soy yo, Cris, la del banco. No me digas que no me reconoces —tuvo que insistir.

—Ah, hola —se limitó a responder, confuso, y se preguntó cómo podía tener su número.

—Verás, que quería decirte que siento lo de tu madre, y he pensado que podríamos cenar juntos esta noche. No quiero que estés solo en un día tan triste.

Claudio no podía creérselo: Cris, la chica del banco, la mujer más hermosa del mundo, le llamaba y le proponía quedar. Quiso confesarle que no necesitaba consuelo, que estaba bien, pero prefirió callar. Al fin y al cabo, la muerte de su madre aquella misma tarde le había sido largamente anunciada y la pena que ahora podía sentir ya no era más que el rescoldo de

una tristeza ya sentida, de unas lágrimas ya derramadas. Así que, asombrado aún por el milagro de su llamada, se dejó convencer por aquella mujer inalcanzable.

—Claro, si tú quieres —aceptó tímidamente.

—Perfecto. ¿Sobre las diez te va bien? Elige tú el lugar.

Durante la velada, Cris estuvo encantadora. Le explicó, con palabras llenas de cariño, cómo había ocurrido todo, y se emocionó al recordar que fueron sus brazos los que acogieron a su madre en su último aliento. Se lamentó por no haber sido capaces, ni ella ni sus compañeros, de hacer nada para salvarle la vida, solos como estaban en el interior de la oficina bancaria, cerrada al público a aquellas horas de la tarde.

—Pero quiero que sepas que tuvo una muerte dulce, que se fue quedando como dormida.

Mientras pronunciaba estas palabras, dejó que su mano pequeña y blanca se deslizara sobre el mantel hasta alcanzar la suya, para apretarla con fuerza. Aquel gesto le hizo estremecer. Durante unos segundos, pudo sentir cómo el calor de su piel suave penetraba en cada uno de sus poros, y cómo sus dedos quedaban atrapados en aquel tacto femenino tantas veces soñado. Cuando ella retiró la mano, él fue incapaz de mover la suya y la mantuvo allí, paralizada sobre el mantel, azorado por la pequeña tormenta que acababa de sentir y deseando que se repitiera de nuevo.

Para distraerlo de su supuesta tristeza, Cris quiso derivar la conversación a terrenos más relajados y así inició el maravilloso relato de ella y de su mundo. Le habló de su trabajo y del poco tiempo libre que tenía, de su amor por los animales y de su torpeza al cocinar. Después, le confesó su gran pasión por los viajes y jugó con él a imaginar paisajes que algún día esperaba conocer. Le hizo ver, en el brillo de sus ojos, palacios de piedra blanca en la misteriosa India; oír, en el susurro de su voz, zumbidos suaves de libélulas tornasoladas en manglares lejanos; y hallar, en la constelación de pecas de sus brazos desnudos, estrellas inmortales cayendo sobre la arena de un desierto infinito.

—El desierto, qué lugar tan mágico —le dijo—. No puedo morirme sin antes haber estado en uno.

Oyendo sus palabras, soñando sus sueños, a Claudio no le quedó más remedio que enamorarse, aún más, de ella. Porque entendió que Cris, en aquella cita inesperada, en su

forma de hablarle y de hacerle compartir su mundo, estaba correspondiendo, por fin, a sus inconfesados deseos de conseguir su amor.

En los días siguientes, se sintió el hombre más afortunado del mundo. Cada mañana se presentaba en la sucursal con una flor en la mano, le deseaba los buenos días y le pedía compartir unos breves instantes de compañía. Pero ella siempre le decía que no podía, que estaba ocupada. Más tarde, sobre las tres, la esperaba a la salida para invitarla a almorzar, pero era rechazado de nuevo con el pretexto de que, incluso en aquellos momentos de descanso, tenía temas a despachar con el director de la agencia, un hombre joven y delgado que siempre la acompañaba.

Aunque, a él, aquello le bastaba, pues nunca antes había estado tan cerca de la dicha como en aquellos días, y solo con la espera, con la esperanza de que, al día siguiente, ella le pudiera dedicar unos breves instantes, tenía suficiente para ser feliz.

Hasta que todo se vino abajo.

—Estoy casada —le confesó a través de los fríos paneles de cristal blindado de la oficina—. Compréndelo, me debo a mi marido. Te ruego que no vuelvas más si no es por razones estrictamente profesionales.

Aquella sentencia demoledora, aquel giro inesperado, lo derribó. Allí, aturdido en mitad de la oficina, con su flor en la mano, fue incapaz de pronunciar una sola palabra, de articular una sola defensa. Miró a su alrededor y creyó ver la malicia en los ojos del resto de empleados. Eran las mismas miradas que lo habían perseguido durante toda su vida, y que en tantas ocasiones le habían hecho llorar. Así que, dejando caer la flor de su mano y bajando la cabeza, abandonó la oficina arrastrando los pies, consciente de que el tesoro que, hasta apenas unos instantes antes, guardaba ilusionado en lo más profundo de su corazón, le acababa de ser arrancado de un zarpazo.

Regresó en una única ocasión, a los pocos días, para recitar ante su amada, en mitad de una oficina repleta de clientes asombrados, un poema de despedida compuesto para la ocasión, preñado de promesas de amor eterno.

El día en que ella le rompió el corazón, al regresar herido a su casa, no encontró a nadie que lo abrazara, a nadie que lo consolara y le cantara dulcemente como tantas veces había hecho su madre. Ella era la única que lo salvaba de la soledad y la tristeza que le había perseguido desde niño: siempre sin amigos, siempre sin nadie que le quisiera.

Durante meses, su madre le había estado anunciando su muerte y preparándolo para que fuera capaz de afrontarla. Pero el día en que se cumplió el vaticinio —una llamada impersonal desde un hospital cuyo nombre no llegó a retener—, fue incapaz de sentir dolor, como si aquello fuera algo intangible, como si las palabras de un desconocido no fueran suficientes para impedir que, en cualquier momento, ella pudiera regresar a su lado.

Pero al no encontrarla allí en el momento en que Cris le había hecho tanto daño, pudo sentir, por primera vez y de repente, la abrumadora extensión del significado de su ausencia.

Se preguntó una y mil veces por qué su madre, en aquella fatídica tarde, no le había pedido que la acompañara a la sucursal, como hacía siempre, si sabía que iba al encuentro con la muerte. Quizás él podría haberla convencido de que esperara un poco más, que no se fuera todavía.

Y ahora estaba solo, insoportablemente solo. Su madre siempre le decía, una y otra vez, que cuando ella ya no estuviera, él seguiría siendo feliz a su modo. No le explicó mucho más, y Claudio acabó creyendo que aquella promesa difusa tan solo era un intento de alejar sus miedos.

Una vibración en su mano lo devuelve a la realidad. Baja la mirada y contempla la caja de cartón con el ratón blanco en su interior que acaba de comprar. Ve asomar a través de los agujeros su nariz rosada y los bigotes curiosos.

—Me había olvidado de ti —le dice, todavía conmovido por el recuerdo.

Cruza la casa hasta llegar a una puerta de madera gris al fondo del corredor, tras la cual se abre un amplio patio. Allí, lo recibe la claridad del cielo espléndido de aquel septiembre que agoniza y que le obliga a entrecerrar los ojos. Se sienta en el suelo, en el centro de aquel espacio diáfano, abre la caja y libera al ratón. Sonríe mientras lo ve correr con sus patitas diminutas y veloces, detenerse a olisquear el aire o a rascarse tras la oreja, entornando sus ojitos rojos. El animal, al llegar al linde del patio, se incorpora sobre sus patas traseras, apoyándose contra el inmenso muro del edificio contiguo y, con pequeños saltos, intenta subir por él, cayendo una y otra vez.

—Qué tonto eres —le dice.

Claudio eleva su mirada por la pared de ladrillo rojo que se pierde en la altura, en su confluencia con el cielo. Se imagina a sí mismo como un audaz escalador, subiendo paso a

paso por aquel desierto vertical, aferrándose con las puntas de los dedos a los pequeños salientes, a las grietas en el cemento. Cuando llega exhausto a sus confines, una mujer lo recibe, admirada de su pericia, apenas con un camisón transparente que deja caer, mostrándose desnuda y entregada. Una mujer que se parece mucho a Cris.

Una vez más, el contacto del ratón en su pierna lo saca de su ensueño. Lo atrapa con sus grandes manos y lo hace caminar entre ellas: primero la derecha, después la izquierda, una y otra vez.

En un rincón del patio hay un cuartucho con una puerta verde agrietada por la lluvia y el sol y apenas sostenida en sus goznes. Sin soltar el animal, se pone en pie pesadamente y se dirige hacia allí, entra en su interior y entorna la puerta. La estancia queda en penumbra, apenas con la leve claridad que se filtra por unas pocas baldosas huecas con forma de trébol en las paredes. Huele a cemento y a calor. En la pared, un interruptor medio roto que enciende una bombilla desmayada. Un caos de instrumentos imposibles se desparrama sobre una mesa improvisada sobre dos caballetes. De entre todos, elige una pieza de madera en la que hay clavadas unas pequeñas correas. Con gestos aprendidos, pone el ratón panza arriba y lo inmoviliza con ellas sobre la superficie. El animal se revuelve e intenta zafarse, pero es inútil. Con sus dedos carnosos, atrapa una de sus patitas y la estira hasta dislocarla. Después, con una grapadora, clava la pequeña mano sobre la madera. El ratón aúlla al sentir sus falanges destrozarse bajo la presión de la fina lámina de metal y muerde furioso el aire. Para evitar que pueda escapar, decide apretar aún más las correas y el cuerpo del animal empieza a deformarse bajo la presión. Repite el proceso con las tres patas restantes y, cuando intenta inmovilizar la cola, queda diseccionada por la afilada grapa. El movimiento de la cola amputada le disgusta, así que saca una pequeña navaja del bolsillo y la corta de raíz. El apéndice, apenas de un centímetro de longitud, sigue contorsionándose y a Claudio le resulta divertido.

—Te ha crecido un gusanito travieso —dice entre risas.

Unas risas que se mezclan con los gritos de terror del animal, aullidos cortos y agudos que llenan el pequeño espacio. El hombre rebusca entre el montón de cachivaches sobre la mesa y encuentra un soplete. Lo enciende y la llama azul brilla en la penumbra del cuarto, reflejándose en la frialdad de sus ojos. Mientras que, al paso del fuego, la pelusa blanca del

desafortunado animal se volatiliza y su carne rosada se crispa y se torna negra, Claudio piensa en Cris.

## 2

La noche promete ser larga para los empleados del servicio municipal de recogida de basuras. Estamos en 2008 y la conflictividad laboral, tras años de bonanza económica ajena a las mejoras salariales, se extiende por todo el país. Aquella misma mañana, los sindicatos y el Ayuntamiento habían alcanzado un principio de acuerdo, y finalmente, se desconvocaba el paro. Tocaba ahora recoger los desperdicios vomitados durante días por la ciudad, las defecaciones de un monstruo siempre insaciable.

Hace calor, y el verano parece no querer dar paso al otoño. Y con las altas temperaturas y el alimento abundante en descomposición, los monstruos olvidados del subsuelo han decidido colonizar la superficie.

—Tened cuidado, esto está lleno de alimañas —les habían avisado.

Ratas grises y enfermas pululaban entre la basura y, para hacerlas huir, los operarios se veían obligados a golpear con largas varas los montones de bolsas antes de acometer su recogida.

El camión de la basura se detiene frente al callejón de la calle Esperanza, y los dos hombres descienden de la repisa trasera para adentrarse en aquel espacio sin asfaltar al que la ciudad había dado la espalda mucho tiempo atrás. Al fondo, una farola amarillenta y solitaria proyecta en el suelo irregular sombras que recuerdan abismos. En la penumbra, los dos hombres se detienen para contemplar la enorme masa de desperdicios, que por un momento se les antoja un gigante agazapado en un rincón, temible y sin forma.

Con los primeros golpes con las varas, los operarios ven cómo las ratas huyen sorteando sus pies. Cuando consideran que han debido de escapar todas, comienzan el traslado de las bolsas, dos o tres en cada mano, una y otra vez, hasta la caja del camión.

De repente, uno de ellos, al coger uno de los bultos, da un salto atrás.

—¡Pero qué cojones...! —exclama asustado.

Enciende la pequeña linterna que cuelga de su cinturón y un círculo luminoso se abre frente a él.

—¡Dios mío! — dice su compañero al tiempo que se santigua.

A la luz fría del débil foco, medio oculto entre las bolsas de basura, el cuerpo inerte de una mujer. Sentada en mitad de los desperdicios, el torso levemente inclinado, los ojos abiertos, parece una gran muñeca rota, una marioneta sin hilos que los mira sin comprender qué está haciendo allí. Tiene el rostro y los brazos salpicados de mordeduras sanguinolentas, y en lugar de nariz, un enorme boquete oscuro.

—¡Putas ratas! —maldice uno de ellos.

En apenas veinte minutos, el callejón se ha llenado de los reflejos azules y blancos de las luces de los coches patrulla. Una cinta amarilla cierra el paso al lugar donde se halla el cuerpo. Los flashes de una cámara iluminan el cielo que empieza a mostrar la claridad pálida y azulada del amanecer. Hombres enfundados de pies a cabeza en monos de plástico blanco rodean el cadáver.

Uno de ellos, al levantar el rostro, ve cómo alguien, desde la embocadura del callejón y con un pañuelo tapándose la nariz, le hace señas para llamar su atención.

—No me jodas que hoy estaba el putito Bolaño de guardia —dice con fastidio a uno de sus compañeros.

El Inspector Manuel Bolaño, conocido en ambientes policiales como “el putito Bolaño”, es más bien bajo, delgado, con escaso pelo negro y abundante bigote aún más negro, sin una sola cana a pesar de sus cincuenta y pocos años cumplidos. Viste americana marrón, pantalones negros, mocasines con suela de goma y no lleva corbata. Un rostro surcado por las arrugas, la piel blanca, los dientes amarillos.

El de la científica deja sus tareas frente al cadáver y se acerca a él.

—Perdona que no te dé la mano, Bolaño, pero ya sabes, no podemos contaminar.

—Tampoco te la hubiera aceptado. ¿Qué crees que es esto? ¿Un juego? —le contesta sin mirarle a los ojos—. Dime ¿qué tenemos?

El hombre, ocultando tras su mascarilla blanca su desprecio, desgranará un amplio dictamen basado en las evidencias halladas.

—Amparo Alcaide Romero, cuarenta y siete años, con domicilio en la calle Dominicas, apenas a unas pocas manzanas de aquí. Al menos, eso dice su documentación:

unos metros más allá, hemos encontrado su bolso en el que no parece faltar ni dinero ni tarjetas. Muerta por traumatismo craneal. Allí, en el bordillo, se han hallado sangre y tejidos que, una vez sean analizados, corresponderán seguro a la víctima. No se observan heridas o equimosis compatibles con lucha o resistencia, ni tampoco parece haber sido agredida sexualmente. Si me preguntas, te diría que un caco torpe intentó atracarla, la debió empujar y la mujer tuvo la mala suerte de golpearse contra el bordillo. Un impacto fatal. El caco se asustaría, ocultó el cuerpo entre la basura y ni siquiera se atrevió a llevarse el dinero. Eso sería sobre las doce o la una de la madrugada. Las ratas han tenido varias horas para hacer el resto: mordeduras en nariz, cara y manos. Sobre las cinco la han encontrado los de la basura que están allí esperando por si quieres interrogarlos.

Bolaño escucha a su compañero con desgana. Ya nada le impresiona después de tantos años en el Cuerpo, de tantos amaneceres viendo las miserias que va dejando la noche.

Se había educado en el cliché del policía comprometido e inteligente de las series de televisión, aquel que, ante la aparición de un nuevo cadáver, sacaban de la cama en mitad de la noche para que acudiera en persona al lugar del crimen, pues solo él sería capaz de encontrar la pista inadvertida, el detalle oculto que identificara al asesino astuto. La estrella del Cuerpo, con una carrera de éxitos y reconocimientos y un sueldo alimentado con fondos reservados con la que tener una vida de lujo y comodidades.

Pero se dio cuenta muy pronto de que todo aquello no era más que una mentira. Aprendió que no existían los asesinos inteligentes, sino gente atropellada y confusa que mataba torpemente. Y en cuanto a las víctimas, o bien estaban ya inmersas en inercias destructivas, o tan solo pasaban por allí en el momento equivocado. Frente a ellos, inspectores enterrados en montañas de papeleo, acorralados por procedimientos legales insondables y frustrados por la falta de medios. Un horario de nueve a cinco y unas cuantas guardias nocturnas para complementar un sueldo siempre insuficiente.

Ante este panorama, no hacía falta esforzarse demasiado, si al final todo acababa siendo igual. Y el caso de aquella desgraciada sin nariz no iba a ser distinto. Se limitaría a hacer lo de siempre: seguir el protocolo y esperar a que el crimen se resolviera por sí solo, quizás con el acorralamiento de algún sospechoso habitual que, acuciado por el mono, acabara perdiendo la compostura. O quizás cuando uno de los chivatos en nómina diera el

nombre de un pobre diablo que, al ser detenido, rompiera a llorar sin entender cómo había podido acabar así.

Bolaño se aproxima al cadáver. A la luz potente del foco que ilumina la escena, ve la piel azulada de la muerta, los labios amoratados, las fosas nasales al descubierto. Sin embargo, hay algo familiar en aquel rostro, algo que no sabe identificar. Desde donde está, extiende el brazo, saca un pulgar que sitúa en la distancia sobre el boquete hecho por las ratas en donde antes hubo una nariz, y guiña un ojo. Y sin la distorsión de la amputación, la cara cobra todo su sentido, su conjunto.

—Pero si yo te conozco —dice como dirigiéndose a la fallecida—. Tú trabajas en mi banco. En unas horas tenía hora con tu jefe; a ver si por culpa tuya no me va a poder recibir.